

El sepulcro de Pelayo

Luciano López y García Jove

No ha muchos días, en la primera plana de este periódico, con el título de “Pelayo y Carlos V”, decía el autor del artículo, entre otras cosas muy interesantes, que, en una visita que hizo el Rey Alfonso XIII a Covadonga, pidió al Cabildo que se abriese el sepulcro de Pelayo, se hizo y se encontraron que, en su interior, no había más que un hueso y de tal naturaleza que no pertenecía a ser humano.

No podemos menos de hacer constar, en honor a la verdad, que ese hecho que refiere el autor del artículo no es cierto, Alfonso XIII estuvo en Covadonga dos veces: la primera cuando tenía unos quince años, en que hizo una visita a Asturias, y la segunda en el año de 1918, para asistir a la coronación de la Virgen de Covadonga, con motivo de celebrarse el duodécimo centenario de la batalla. Ni en la primera visita, ni en la segunda se tocó el sepulcro de Pelayo. El que esto escribe lleva más de sesenta años al tanto de lo que ocurre en Covadonga y en contacto frecuente con los miembros del Cabildo, y le consta que el sepulcro de Pelayo no ha sido abierto a instancia del Rey Alfonso XIII. Este y la Reina Victoria llegaron a Covadonga el día 7 de septiembre por la tarde; se hospedaron en el Hotel Pelayo; al día siguiente tuvo lugar el acto solemnísimo de la coronación de la Virgen, ante un gentío inmenso, que lo llenaba todo, y luego regresaron a Madrid.

Don Pelayo a su muerte, fue enterrado en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, fundada por él, situada a pocos kilómetros de Covadonga, y en la misma iglesia fue sepultada también su esposa, Gaudiosa. Ya que mencionamos dicha iglesia, no podemos menos de lamentar el deplorable estado en que se halla y el abandono de que es objeto por parte de quien corresponda. Hace unos meses la hemos visitado; se halla con la techumbre hundida, cubierta y rodeada de zarzas y maleza por todas partes, que hacen muy difícil el acceso a ella. Según nos dijo el párroco, el cuidado de la misma, que es monumento nacional, corre a cargo del Ayuntamiento de Cangas de Onís. Si no se pone pronto remedio, dentro de muy poco tiempo no quedará de la iglesia más que un montón de escombros.

En dicha iglesia estuvo enterrado Pelayo con su esposa y su hermana hasta que, en el reinado de Alfonso X el Sabio, fueron trasladados los restos a la santa Cueva y colocados al lado del altar de la Virgen. En el siglo XVIII tuvo lugar una reforma en la Cueva, cuando el incendio del año 1777; reforma que alcanzó también al sepulcro de Pelayo. Se hallaba éste embutido en la roca, teniendo por fachada un simple arco de medio punto y cerrado por una tosca verja de hierro. Fue modificado, formándose tres arcadas y una verja de hierro algo más artística que la anterior, y la lápida que contenía el epitafio, situada en el exterior, fue colocada en el interior y adosada al frontal de la losa que cubre el sepulcro. El epitafio dice así: “Aquí yace el santo Rey Don Pelayo el año de 716, que en esta milagrosa Cueva comenzó la restauración de España. Vencidos los moros, falleció el año 737, y le acompaña su mujer y hermana”. Después de esta última reforma no consta que se haya tocado el sepulcro de Pelayo.

LÓPEZ Y GARCÍA JOVE, Luciano, “El sepulcro de Pelayo”, en *ABC*, Madrid, jueves 6 de noviembre de 1969, p. 30.